

PRÓLOGO

Prometo por mi honor, si es que lo tuviere, que este libelo lejos está de buscar agravios y disputas, y en momento alguno dañar he pretendido el honor de personas eminentes y honradas, y si algún noble señor de alta alcurnia ofensa viere, fincado de hinojos perdón le suplico, pues no ha sido objetivo de este modesto far-sante entablar pleitos ni habitar cárcel. Sin buscar una estricta fidelidad ni un preciso reflejo histórico, he afrontado los acontecimientos aquí narrados. Sólo escribir una modesta e imaginaria historia de caballerías he pretendido.

¿Por qué escribir novelucha caballescica cuando cientos años ha desaparecer caballeros? ¿Por saña? No, por hambre.

Este plebeyo de baja ralea y nula alcurnia parado está y sin recursos pecuniarios muy difícil es engañar al estómago. Mas como el ingenio es libre y no necesita de títulos ni prebendas, y el Señor no se fija, cuando lo entrega, si su portador será un noble empresario, rico banquero, afortunado heredero, político insigne, clérigo devoto, militar poderoso, como habría de ser menester; o, por el contrario, lo reparte de forma irresponsable a pobre labrador, explotado minero, molesto mendigo, peligroso pensador, rufián sin prejuicios o inútil parado. Y yo me pregunto, ¿qué puede hacer con el ingenio alguien que no lo merece, según dicen las normas sociales decentes? Puesto que devolverlo no puedo, la televisión no me divierte y a lobotomía no me presto; en papel, tinta y palabras he invertido mi modesto entendimiento que no mi dinero puesto que de él carezco y su color ignoro.

Si de algo es millonario un parado es en tiempo, y díjeme para mis adentros que se acabaron las quejas,

los lamentos y los lloros por mi infortunio, no más cosas en el paro ni tarjetas de desempleo. No quisiera que sólo las estadísticas reflejasen mi inadaptación al muy justo sistema de oferta y demanda que incorruptos empresarios sugieren y el gobierno, como brazo ejecutor, libremente impone.

El lector libre es de leer o ignorar lo que aquí se narra, de reírse o de llorar, de mofarse o de indignarse, aunque la sonrisa mucho mejor para la salud es que la rabia. Y si este panfleto no se vendiera, ni leyera, ni publicara, ni divirtiera, seguramente yo ingenio no tuviera ni mi hambre saciara, pero al menos me quedaría papel impreso para comer y rico en celulosa es. Y puesto que parado sin dinero, sin ingenio y sin subsidio por desempleo en plantita se convierte, buena sea la celulosa para el crecimiento de este geranio, y suplico que mano piadosa lo riegue de vez en cuando con la esperanza de que flor brotara que al menos belleza diera.

DE CÓMO GRAZGARÍN HÍZOSE AMIGO DE COCES Y JUNTOS PROYECTARON GLORIOSAS AVENTURAS POR UN REINO DE DESDICHAS EN BUSCA DEL PODER

Era Pepito Graznarín un joven muy despabilado, de ágiles entendederas y de fluido verbo dotado que permitíale componer hermosos y variados trovos. Estudiaba con ahínco en un prestigioso y clerical colegio, de mucho pago, para convertirse en un hombre muy preparado, sagaz, emprendedor y de provecho para la sociedad en el día de mañana. Con un brillante abogado soñaba su madre, con un eficaz funcionario conformábase su padre, pero Pepito ambiciones secretas tenía y sus miras puestas en un lugar mucho, pero que mucho más lejano, aunque plantearse no quiso a su familia ni afines por temor al escarnio.

Junto a sus indudables capacidades intelectuales, no uníase un cuerpo esbelto, espigado y musculoso que levantara pasiones, ni siquiera tímidas adhesiones. Menudo era, con flequillo de monaguillo obediente o de aprendiz de novillero impaciente. Sus cejas, hermosas autopistas de pelo negro, tenían cierta tendencia a unirse sobre su apéndice nasal, lo que hacía prever un brillante futuro conciliador entre extremos, pero Pepito aún no había captado esa brillante cualidad de mediador y le aterraba que le pudieran llamar unicejo o ceji-junto, u otras cosas peores que le podrían decir. Visto que de debajo de la nariz brotáronle hermosos filamentos, fuertes como cerdas, dióse cuenta nuestro héroe de la gran ventaja que muchos políticos le sacaron a frondosos, pequeños, retorcidos, salvajes, siniestros y extravagantes bigotes. Ese era el elemento clave que complementaría su incuestionable personalidad de líder nato que fuera querido, respetado y aclamado por las masas.

Pero Pepito no era feliz. Triste estaba porque ni la prole, ni tan siquiera los prójimos que le rodeaban, habían sabido descubrir sus infinitas cualidades políticas. Tras sonoro fracaso en las elecciones a delegado de clase, en las que fue el único candidato propuesto, se dio cuenta de que su complejo carisma no era entendido por las masas. Graznarín se sumió en una profunda y trascendente reflexión y, tras muchos dimes y diretes, llegó a la acertada conclusión de que toda empresa política no sólo necesitaba de brillantes trovadores de verbo sonoro y claro, capaces de inventar verdades y que tuvieran una personalidad emblemática y porte regio. Para que su proyecto triunfara y extenderse pudiera por toda la faz de la tierra y allende los mares, necesitaba de un brazo aliado fiel y fuerte, muy devoto a sus ideas y de no sobrada sesera para que complejas preguntas no hiciera, y sobre todo y más importante, que siempre presto a defenderle estuviera de agresiones y afrentas, y a los miserables rompedores de proclamas y trovos amedrentar pudiera y su merecido les diera si a la razón de su lógica no se atuvieran.

Andaba por el colegio un joven hidalgo fornido, altanero, bravucón y cursi, con semblante de bruto labrador y pose de noble maniquí por los finos tejidos que componían su selecta indumentaria. Este sin par y aguerrido personaje era temido y evitado por todos los estudiantes, profesores y clérigos con sotana que por el colegio andaban. Su espíritu pendenciero y los golpes por él lanzados, tanto de palabra como de obra, habíanle convertido en el mancebo más duro y temerario de la comarca y alrededores. En el colegio era conocido por 'Coces' aunque nadie que en sus cabales estuviera había sido lo suficientemente osado para nombrárselo en su cara. Curro, que era el nombre del que Coces presumía, aparte de sus notables cualidades físicas y de su facilidad para la provocación y amenaza, no debía de

ser muy tonto puesto que los cursos aprobaba y en convertirse en alguien muy poderoso confiaba.

Un día paseaba Pepito triste y cabizbajo por el patio del colegio. Iba pensando en cómo podría un brillante joven normal hacerse respetar en un mundo hostil en el que sólidos valores tradicionales de la familia habían sido aplastados por unos melencidos de abrigo largo y lanzadores de proclamas hippies de amor libre, vivencia comunal y que puño en alto pregonaban los peligrosos valores de la anarquía, comunismo y libertad. Curiosamente, presumían todos ellos de haber estado en París durante la excursión de fin de curso de mayo del 68, mientras él se tuvo que conformar con una modesta visita a la Feria del Campo, y mucho fue el disfrute recibido cuando vio en televisión una hermosa demostración sindical en la que miles de trabajadores, vestidos de immaculado blanco, realizaban hermosos y bien planificados ejercicios gimnásticos.

En un banco del patio se encontraba Curro mondanando y devorando con saña una enorme bolsa de pipas. Solo estaba, y su rostro fiel reflejo era de la satisfacción que producía el estómago lleno. Pepito, siempre ágil, pensó que fiera bien comida el peligro perdía, y dócil y juguetona mostrarse podría si con habilidad sus piezas movía. Mejor momento de abordaje nunca hallaría.

—¿Sentarme puedo en aqueste lado? —preguntó Pepito, situándose a la diestra de su banco.

—Bueno, pero tú no pienses que pipas a mi costa comerás —respondió Curro con cierto resquemor.

—Regaliz prefiero maese Curro —dijo, mientras sacaba varias barritas del bolsillo—. ¿Quiere vuesa merced una?

—Bueno, comeré más tarde —contestó al tiempo que las cogía todas.

Desde ese momento los dos pensaron que habían ganado la batalla. Pepito cerciorado estaba de que con-

taría con un brazo poderoso y fiel a su lado por el módico precio de una barras de regaliz; mientras Curro había logrado a un suministrador que no le exigía pipas a cambio, y que parecía fácil de doblegar en caso de afrenta o disputa.

–¿Qué glorioso futuro vislumbra en lontananza vuesa merced lograr? –preguntó Pepito.

–¿Qué has dicho? –dijo Coces, preparando el puño por si de agresión, mofa o insulto se tratara.

–Te decía que qué quieres ser de mayor.

–¡Ah! ¿Se trataba de eso?

–Claro, ¿qué habías entendido vos?

–Algo parecido ciertamente. Para vuesa complacencia os diré que importante y muy poderoso caballero seré.

–¿Cómo lo piensas conseguir? Suponiendo que impropia la pregunta no consideres.

–Aún no lo sé, pero ten por seguro que lo lograré. Y tú, ¿qué quieres ser?

Pepito, antes de contestar, rívido puso su cuerpo y situó en posición enhiesta su precoz bigote.

–Yo líder, el líder político más importante que esta Europa haya dado, diese o diere.

–Pero, ¿tú sabes cómo hablarle a las masas y que ellas te sigan sin condiciones?

–Claro que hablar sé, nunca lo dudas maese Curro. Trovador soy, mi palabra es fluida y mi verbo locuaz, es más, sé muy bien lo que sugiero cuando digo y conozco plenamente el sentido de lo referido. Yo puedo convencer a todos los que me oyeren de que mis relucientes argumentos aportan las mejores ideas para que el cumplimiento de la felicidad llege a la nobleza, hidalgos, plebeyos y demás gente de baja alcurnia.

–Joder, eso es la leche –dijo Curro fascinado–. Con esas palabras tan bien arrejuntadas y pronunciadas pudieras lograr todo lo que quisieras.

–Palabras solas, aunque sonoras, no bastan y problema grave es conseguir que el vulgo se siente presto a escucharme con devoción. Mi presencia aunque altiva, no deslumbra tanto como mi trovo, y sabido es por anunciantes, camelantes y demás publicitarios liantes que imagen fermosa vende más que miles de párrafos pulidos y esmerilados –dijo Graznarín con resignación.

–Por eso preocuparte no debes mi buen amigo. Conmigo a tu lado nadie se atreverá a moverse del asiento, y si yo, sin grandes entendederas, me pasaría siglos que no horas escuchando vuestro rico verbo; el resto del mundo, ¡vive Dios que ha de hacerlo, como me llamo Curro, y Coces me apodan!

–Si fiel a mi causa permanecieras, te prometo que haré de ti el hombre más poderoso y temido de este reino –proclamó Graznarín con gran solemnidad.

–Y tú, ¿qué sacarás con ello?

–Yo seré el líder más venerado, respetado y querido que nunca haya existido en oriente y occidente.

–De acuerdo –dijo Curro inmediatamente, sabiendo que la veneración, el respeto y el cariño, aunque valiosos, eran cosas intangibles y percederas, pero el poder era el poder, como su propio nombre indicaba, algo real, directo y nada volátil, y nadie como él lo sabría administrar. Y pobre de aquel que oponerse intentara a sus rectas medidas disciplinarias, pues con su ira topara, que aun no siendo divina, para apaciguar a los humanos bastaba.

Y así es cómo se conocieron y pactaron sobre su glorioso futuro don Pepito, señor de Graznarín y su fiel y pendenciero escudero Curro Coces. Con prontitud y esmero se prepararon para lanzarse a un mundo lleno de aventuras y peligro, donde ellos serían los cruzados que impusieran el orden y la paz a cambio de ser proclamados, en solemne ceremonia, como los salvadores de la humanidad.